

Escripta

ACTIVISMO ESTUDIANTIL EN SINALOA
DURANTE LA DÉCADA DE 1970 EN EL CUENTO
«MUCHO QUE RECONOCER»,
DE ÉLMER MENDOZA

STUDENT ACTIVISM IN SINALOA DURING
THE 1970S IN THE SHORT STORY «MUCHO
QUE RECONOCER», BY ÉLMER MENDOZA

Erick Zapién García
orcid.org/0009-0003-8636-8278

Recepción: 10 de septiembre de 2023
Aceptación: 26 de noviembre de 2023

Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir igual (CC BY-NC-SA 4.0), que permite compartir y adaptar siempre que se cite adecuadamente la obra, no se utilice con fines comerciales y se comparta bajo las mismas condiciones que el original.

ACTIVISMO ESTUDIANTIL EN SINALOA DURANTE
LA DÉCADA DE 1970 EN EL CUENTO
«MUCHO QUE RECONOCER», DE ÉLMER MENDOZA

STUDENT ACTIVISM IN SINALOA DURING THE 1970S IN THE SHORT
STORY «MUCHO QUE RECONOCER», BY ÉLMER MENDOZA

Erick Zapién García¹

Resumen.

A principios de la década de 1970, la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS) atravesó por conflictos internos debido a la designación arbitraria de un rector que poco o nada tenía que ver con la universidad. Lo anterior inició una intensa movilización por parte de los distintos grupos de estudiantes cuyas ideologías de izquierda procuraban generar un cambio en la institución. De entre estos grupos destacó la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sinaloa (FEUS). Mientras tanto, el Estado desarrolló mecanismos para desarticular a estos grupos subversivos. En este contexto, Élmer Mendoza, uno de los escritores más sobresalientes de la literatura mexicana contemporánea, publicó en 1978 el libro *Mucho que reconocer*, en el que se muestra una visión literaria sobre el conflicto. En este artículo se expone una interpretación del segundo cuento de este libro titulado de la misma manera: «Mucho que reconocer»

Palabras clave: Élmer Mendoza, movimientos estudiantiles en México, movimiento estudiantil en Sinaloa, Universidad Autónoma de Sinaloa.

Abstract.

In the early 1970s, the Autonomous University of Sinaloa (UAS) faced internal conflicts due to the arbitrary appointment of a Rector who had no connection

¹ Candidato a doctor en Literatura Hispánica, El Colegio de San Luis. Correo: erick.zapien@colsan.edu.mx, erickzapien1980@gmail.com

to the university. This situation sparked an intense movement among various left-wing student groups whose ideologies sought a transformation within the institution. The Federation of Students of the University of Sinaloa (FEUS) stood out among these groups. Meanwhile, the Mexican government implemented measures to dismantle these subversive groups. In this context, Élmer Mendoza, one of the most prominent writers in contemporary Mexican literature, published the book «Mucho que reconocer» in 1978, offering a literary perspective on the conflict. This article presents an interpretation of the second story in this book, also titled «Mucho que reconocer».

Keywords: Élmer Mendoza, mexican student movements, student movement in Sinaloa, Autonomous University of Sinaloa.

Introducción²

Élmer Mendoza es uno de los referentes actuales de la literatura mexicana debido a la visión que su narrativa ofrece sobre el México contemporáneo. Es reconocido por la forma de tratar literariamente temas como la violencia y el narcotráfico de la región noroeste del país, él mismo ha afirmado en repetidas ocasiones que es un autor comprometido en contar su tiempo:

¿Cómo he llegado a eso? probablemente por lo que veo, oigo y deduzco, por lo que leo, imagino y supongo. [...] La ficción es un campo donde la verdad no es importante; sin embargo, es inabordable, cada tanto aparece sin que se le llame y

² El siguiente artículo forma parte de los avances de investigación doctoral en torno a la configuración de los personajes activistas estudiantiles y guerrilleros en la narrativa breve del autor Élmer Mendoza. Agradezco al Dr. Marco Polo Taboada su retroalimentación en el desarrollo de este texto durante el seminario a su cargo en el Colegio de San Luis: «América Latina desde su literatura y su crítica: Siglo XX»; de igual manera, agradezco los comentarios y sugerencias sobre el texto recibidos por el Dr. Marco Antonio Chavarín, director de esta tesis en proceso; finalmente, agradezco las recomendaciones recibidas hacia el texto al Dr. Sergio Arturo Sánchez, investigador anfitrión durante mi estancia académica de investigación en la Facultad de Historia de la Universidad Autónoma de Sinaloa.

no siempre es el escritor el que la detecta, generalmente es el lector, ese poderoso ser que disfruta, estudia, discrimina llega a las más extrañas conclusiones (Mendoza, 2008. p. 15).

El autor publicó su primer libro en 1978 bajo el título *Mucho que reconocer*, después publicó *Quiero contar las huellas de una tarde en la arena* (1984); *Cuentos para militantes conversos* (1987); *Trancapalanca* (1989); *Cada respiro que tomas* (1991); *El amor es un perro sin dueño* (1991); y, finalmente el libro de crónicas, *Buenos muchachos* (1995). También ha publicado literatura dramática y ensayo. Con *Un asesino solitario* (1999) se inició como novelista, a partir de entonces este sería su género principal, entre sus obras destacadas figuran: *El amante de Janis Joplin* (2001), *Efecto tequila* (2004) y *Cóbraselo caro* (2005).

El reconocimiento internacional llegó con *Quién quiere vivir para siempre*, obra con la que obtuvo el Premio Tusquets de Novela 2007 y que al año siguiente se publicó bajo el título de *Balas de plata* (2008). A partir de entonces continuó con esta saga de novela negra que incluye los títulos *La prueba del ácido* (2010), *Nombre de perro* (2012), *Besar al detective* (2015), *Asesinato en el Parque Sinaloa* (2017) y *Ella entró por la ventana del baño* (2021). A la par publicó el libro de cuentos *Firmado con un klínex* (2009), una saga que hasta el momento lleva dos entregas las cuales son *El misterio de la orquídea Calavera* (2014) y *La cuarta pregunta* (2019), así como la novela *No todos los besos son iguales* (2018).

Podríamos pensar que los trabajos previos a la novela fueron serios ejercicios en los cuales el autor navegó en la búsqueda de un estilo y de una personalidad narrativa que finalmente encontró. No obstante, la crítica no ha puesto atención al estudio de las obras de esta primera etapa en el que existe un aspecto a nivel referencial que ha pasado desapercibido y que es el centro de sus primeras publicaciones: el movimiento estudiantil en Sinaloa durante la década de 1970. Tal situación no escapó a la comprensión y creación artística en nueve de los cuentos de su primer libro y que fue publicado en la Ciudad de México bajo el sello B. Costa-Amic Editor.

Este análisis se enfocará en diversos aspectos del cuento «Mucho que reconocer» (Mendoza, 1978, pp. 19-27), donde un niño, con escaso entendimiento del conflicto social vigente, relata el arresto de su hermano mayor. Este hermano, un joven universitario dedicado a redactar propaganda de izquierda, experimenta el período de espera por su liberación. La narrativa aborda, finalmente, el regreso a casa de este joven activista, quien, a pesar de haber sido sometido a torturas, conserva su convicción. Todo lo anterior para iniciar el despertar de conciencia del narrador sobre los ideales que defienden estos movimientos estudiantiles. Por tanto, el objetivo de este análisis es demostrar la manera en que este preciso contexto histórico trastoca la obra literaria, no solo en el plano temático del cuento sino también como elemento formal del mismo para convertirse en un discurso que busque incidir en el lector y, por lo tanto, en la realidad empírica.

El estudio de las expresiones literarias sobre los movimientos estudiantiles y la guerrilla durante la década de 1970 en México

Algunos escritores del periodo comenzaron a escribir tanto narrativa testimonial como ficcional. A partir de estas obras se intentó dar cuenta de estos grupos, de las luchas que libraron y de la resistencia que el Estado ejerció para contenerlas y eliminarlas. A principio de este siglo surgió un gran interés por estudiar estas manifestaciones literarias desde la academia. Tal es el caso de las investigadoras Patricia Cabrera y Alba Teresa Estrada, quienes en su trabajo titulado: «Los debates intraizquierdistas sobre la lucha armada en la novelística de la guerrilla en México» (2017, pp. 443-454), enlistan, de manera muy concreta, los distintos movimientos que se tornaron en guerrillas rurales y urbanas. En el trabajo antes citado, así como en el de la académica Sandra Oceja (2013), se ofrece un recuento de las principales obras literarias que desarrollan el tema de la guerrilla en México. La primera que señalan es *La fórmula* (1971), de Juan Miguel de Mora y abarca hasta la que en ese entonces era una de las más recientes que es *La casa de bambú* (2011) de Saúl

López de la Torre.³ Entre los autores más estudiados figuran nombres como el de Salvador Castañeda, Carlos Montemayor o Héctor Aguilar Camín. A la par, la historiografía comenzó a configurar una narrativa de estos episodios del acontecer nacional.

Ahora bien, las obras literarias al respecto no se limitan a la novela, la cual, poco a poco ha sido tomada en cuenta como una expresión de carácter nacional. Algunos académicos han analizado las obras de autores que se consideran de alcance regional y cuya producción se suscribe a la narrativa breve o, incluso, a la poesía y a la dramaturgia. La labor de los académicos ha sido la de rescatar de la marginalidad estas manifestaciones que reconstruyen, de manera testimonial o ficcional, acontecimientos relacionados con los movimientos estudiantiles y las guerrillas en nuestro país. Uno de los casos más relevantes es el de la investigadora Judith Solís, quien expone en diversos artículos obras literarias sobre el tema en el estado de Guerrero. En su artículo, «La temática de la guerrilla en la literatura guerrerense» (2016, pp. 37-47), brinda un acercamiento a diversos autores como Felipe Galván, Alejandra Cárdenas, Victoria Enríquez, José Enríquez González, Felipe Fierro Santiago y Roberto Ramírez Bravo. Otro caso es el de Bisherú Bernal quien retoma dos cuentos de distintos autores en su artículo «La vertiente realista y la memoria en dos cuentos sobre la guerrilla mexicana» (2020, pp. 101-129). Los cuentos son «El banquito de la foto del recuerdo» (2003) de Enrique González Ruiz, autor originario de San Luis Potosí, y el «Soldado» (2005) de Roberto Ramírez Bravo, autor nacido en Guerrero. Bernal considera en su trabajo que ambos textos «nos invitan a la revisión del pasado, enriqueciendo con su dolorosa, pero necesaria evocación temática el debate ineludible que como integrantes de esta sociedad debemos a quienes padecieron la violencia y muerte en aquella época» (p.126).

En cuanto a las obras literarias que dan cuenta de estos temas en Sinaloa, además de *Mucho que reconocer* y *Cuentos para militantes con versos*, de

3 Entre ambos trabajos se nombran treinta y seis textos de ficción y se hace referencia a otros más. Véase, Cabrera, P., y Estrada, T. (2017), Los debates intraizquierdistas sobre la lucha armada en la novelística de la guerrilla en México, en Massón, Caridad (dir.), *Las Izquierdas Latinoamericanas. Multiplicidad y Experiencias durante el siglo xx*, [en línea]. Santiago, Ariadna Ediciones, 2017, pp. 443-454. <http://books.openedition.org/ariadnaediciones/854>.

Élmer Mendoza, se encuentran las novelas *Anatomía de la Memoria* (2016), de Eduardo Ruiz Sosa, sinaloense radicado en Barcelona, así como *La sangre desconocida* (2022), del coahuilense Vicente Alfonso.

Breves consideraciones sobre el vínculo entre los discursos histórico y literario

Proponer la literatura como documento histórico es un asunto que hay que tratar con detenimiento y con sus respectivas restricciones. Por una parte, desde la propuesta de Paul Ricoeur (1999, pp. 83-157) para elaborar una teoría del discurso narrativo, un texto histórico y uno literario «tienden a asumir el estatus de un sistema autosuficiente de símbolos» (p. 138); de tal manera que el primero es, a la vez, un artefacto literario y una representación de la realidad. Lo anterior advierte que la escritura, en el caso de la Historia, forma parte de las reglas de evidencia compartidas con otras ciencias para poder transformar los acontecimientos en un texto histórico. Así, mientras el texto literario no debe de someterse al examen de sus fuentes y, en apariencia, el único fundamento que permite es la imaginación, el texto histórico (producto de una investigación) necesariamente debe de ser sometido a la verificación de éstas para que tenga una validez lo más estable posible.

Ricoeur, recurre al análisis de la *Poética* de Aristóteles y los conceptos de *poiesis*, *mythos* y *mimesis* para proponer que, a diferencia de la Historia, cuya función es *describir* la realidad bajo una referencia sujeta a comprobar, la ficción *redescribe* la realidad sujeta a una referencia que puede ser irreal. Para *describir* se hace uso del lenguaje ordinario cuyo referente es comprobable, aunque tal se encuentre ausente, mientras que se *redescribe* lo que el lenguaje convencional ya ha descrito con anterioridad. A juicio de Ricoeur «Una obra literaria [...] no carece de referencia. Lo que sucede es que ésta se encuentra *desdoblada*. Es decir, se trata de una obra cuya referencia final tiene como condición de posibilidad la suspensión de la referencia del lenguaje convencional» (1999, p. 143). De esta manera, «el acto de contar ejerce su talento imaginativo en el nivel de la experiencia humana que, previamente, resulta

“común”» (p. 150), y por ello, «debido a su intención mimética, el mundo de la ficción, nos remite, en última instancia, al núcleo del mundo efectivo de la acción» (p. 154). Tal como señala Ricoeur en su propuesta, «necesitamos el relato empírico y el de ficción para poder llevar al lenguaje nuestra situación histórica» (p. 153), ya que «nuestra historicidad es *llevada al lenguaje* mediante este intercambio entre la historia y la ficción, así como entre sus pretensiones referenciales» (p. 153). Es así que, desde esta perspectiva, ambas narrativas comparten algo de intencionalidad, una de la otra, pues al igual que la ficción forma parte del discurso histórico, el discurso literario no solo crea posibilidades de la realidad, sino que de alguna manera u otra ayuda a construir entre líneas un discurso histórico.

Por otra parte, no hay que olvidar que, tal como reflexiona Fernández Retamar (1995) en su propuesta teórica, gran parte de la especificidad de la literatura hispanoamericana obedece a la relación intrínseca que ésta mantiene con la historia de la región. Por tanto, es necesario indagar las relaciones entre el trasunto histórico y la técnica empleada en la obra literaria más allá de mostrar las obviedades temáticas y pensar de qué manera, en palabras de António Cândido (2007), lo externo (contexto histórico) dialoga con lo interno (aspecto formal de la obra) (p. 26). En este caso, el interés es el de encontrar el diálogo entre los discursos sobre los hechos que en su momento se suscribieron en torno a los movimientos estudiantiles en Sinaloa, como lo fueron el de la prensa escrita o los discursos de Estado, y una propuesta literaria que va más allá de la representación como simple espejo de la situación histórica del asunto. Así, será posible comprender de qué manera esta obra artística suma a la realidad empírica y dialoga, a su vez, con otro discurso que es el de la historiografía.

Mucho que reconocer en el movimiento estudiantil en Sinaloa durante la década de 1970

En la década de 1960, la tendencia hacia la industrialización de México ocasionó una gran migración del campo hacia los centros de cada región y también hacia las capitales o principales ciudades en cada estado. Esto ocasionó, por

un lado, que muchas personas se asentaran en predios irregulares y que no todos contaran con las condiciones favorables. Esta migración llevó a muchos campesinos de arar la tierra a estar en fábricas o a laborar en puestos de bajo perfil en empresas, pero no cambió sus condiciones económicas. En la ciudad de Culiacán este cambio ocasionó que a principios de la década de 1970 la matrícula en la UAS incrementara hasta en un 106.3% (Sánchez, 2012, p. 105). Para los jóvenes, el triunfo de la Revolución cubana fue suficiente motivación para buscar un nuevo rumbo en la forma de gobernar el país. En ese entonces la UAS ya contaba con una larga lista de agrupaciones y federaciones estudiantiles, entre ellas la FEUS, que había sido creada en la década de 1920, pero que resurgió en 1967; además, aparecieron en el mapa algunas como el Ateneo de Sinaloa, el Grupo Magisterial 18 de abril y el Ateneo Estudiantil Universitario, en las que estudiantes y profesores discutían sobre ideologías de izquierda (2012, pp. 110-116). Con respecto a lo anterior, tal como señala Teun A. Van Dijk (2005), se entiende por ideología a cierto cúmulo de ideas axiomáticas que conforman un sistema de creencias mismas que se comparten socialmente por los miembros de una colectividad y que rigen a otras creencias que se han compartido de la misma manera. Tales ideas:

consisten en representaciones sociales que definen la identidad social de un grupo, es decir, sus creencias compartidas acerca de sus condiciones fundamentales y sus modos de existencia y reproducción. Los diferentes *tipos* de ideologías son definidos por el tipo de grupos que tienen una ideología, tales como los movimientos sociales, los partidos políticos, las profesiones, o las iglesias, entre otros. (p. 10)

Esto nos ayuda a comprender que, de manera muy sintética, estas ideas de izquierda son aquellas que se inclinan hacia un cambio social e igualitario.

Durante la década de 1970 las actividades realizadas por los movimientos estudiantiles a lo largo del territorio mexicano comenzaron labores de activismo político. De manera muy concreta esto significa que realizaron distintas acciones con el fin de compartir y convencer a la población sus principios ideológicos. Los tres tipos de activistas políticos son los simpatizantes, los

miembros y los activistas o militantes. En estos últimos es en quienes recae la gran mayoría de las acciones de los planes y programas de su organización como lo son las labores de propaganda con el fin de lograr simpatizantes que, luego, se puedan convertir en futuros miembros y militantes de la organización. Sentado esto, existe el activismo político no convencional que impulsa el pensamiento ideológico de organizaciones que realizan una crítica a las acciones de los gobiernos en turno. Estos grupos pueden no ser propiamente partidos políticos. Adriana A. Rodríguez (2016), cita la propuesta de Fernanda Somuano en cuanto a los distintos umbrales de este otro tipo de activismo. Las distintas gradaciones van, por mencionar algunas, desde acciones meramente legales como la colecta de firmas y comunicar sus ideas en medios de comunicación, realizar manifestaciones legales, huelgas, bloqueo de calles y pintas en bardas, agresiones hasta las acciones como guerrilla y secuestro (pp. 25-26).

En respuesta a estos movimientos políticos orquestados por estudiantes, los gobiernos de todos los niveles, desde los federales hasta los municipales, comenzaron una persecución que derivó en lo que se conoce como la *guerra sucia*. Es decir, el periodo de tiempo, particularmente las décadas de 1970 y 1980, en el que regímenes autoritarios estuvieron al frente de los gobiernos de países latinoamericanos. Dicho término ha sido puesto en crisis por la historiografía en los últimos años y se ha optado utilizar la categoría de *Terror de Estado*, tal como se señala en la edición especial de la *Revista Perspectiva Global* editada por la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) (2022, p. 5). Siguiendo lo anterior, Camilo Vicente Ovalle (2019) concuerda con que el término de *guerra sucia* debe de sustituirse toda vez que «más allá de su uso con fines periodísticos, no aporta claridad empírica ni conceptual al ciclo de violencia política y de Estado que duró aproximadamente 20 años» (p. 54).

De acuerdo con Vicente Ovalle, además del terror de Estado las acciones del gobierno para combatir las disidencias políticas eran tanto legales como ilegales e implicaban «otro tipo de violencia estatales, y conflictos políticos de otro orden y grado» (2019, p. 54). Para el Estado, estos movimientos ya representaban la posibilidad de una insurgencia o, en su defecto, el hecho de que ya existiera. Por lo tanto, el sistema que se desplegó para combatir fue el de la *contrainsurgencia*, entendiéndose esto como «el conjunto de políticas,

programas y acciones, coordinadas en una estrategia centralizada que busca impedir, minar o derrotar a la insurgencia social, o lo que desde el Estado se comprende como insurgencia: una serie de movimientos y organizaciones que buscan transformar el régimen político» (2019, pp. 54-55). Por tanto, se considera el último término como el más adecuado para referirse a la violenta represión que ejerció el Estado a la disidencia política en México durante las décadas mencionadas. A los disidentes se les descalificaba socialmente y se realizaban acciones como arrestos, desapariciones forzadas, asesinatos y, a pesar de que en 1978 se formuló una aparente «Ley de Amnistía» promulgada por José López Portillo que en realidad nunca prosperó (Mendoza, 2007, pp. 157-191), la represión y persecución continuaron de manera velada hacia esta disidencia por otros años más.

En Sinaloa, la búsqueda de la autonomía universitaria en la UAS tuvo éxito en 1965. Sin embargo, al mantenerse intacta la junta de gobierno de la universidad se puso en duda dicha autonomía ya que el ejecutivo estatal seguía teniendo injerencia en la elección de sus miembros. A partir de entonces los estudiantes comenzaron a exigir la libertad para lograr un nuevo sistema de gobierno en el que ellos pudieran participar. El autoritarismo del rector Julio Ibarra Urrea ante la destitución del director de la Escuela de Economía, suscitó una huelga por parte de los estudiantes que culminó con la renuncia del rector quien señaló lo siguiente:

He demostrado —dijo— que los tres movimientos que en la corta vida de la autonomía que tiene la institución fueron generados y financiados por partidos políticos en la lucha por el poder y evidenciando la intervención descarada del Partido Comunista del llamado grupo «Francisco I. Madero», de pesudos universitarios escudados en puestos públicos, de exfuncionarios que ambicionan la rectoría y utilizan a sus hijos como medio para sus muy personales intereses. (Sánchez, 2012, pp. 119-120)

Lo antes citado es tan solo un ejemplo del discurso con el que se presentaban a los estudiantes: sin ideas propias y al servicio de organizaciones con mayor alcance, así como de intereses políticos.

La actividad de la FEUS no solo se observó en asuntos de la universidad, sino también en asuntos locales mostrando su empatía por los segmentos de la población menos favorecidos. Su vínculo con la naciente Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED), le permitió una nueva visión respecto a su actividad y comenzó a participar en la vida política estatal, en protestas como la que llevaron a cabo en la conmemoración del 57 aniversario de la Revolución Mexicana y que la prensa calificó como «Violento mitin» (Sánchez, 2012, p.122). Tras la brutal represión del 2 de octubre en la ciudad de México, la UAS se mantuvo en huelga y organizó una marcha en protesta a la brutalidad de las autoridades en contra de los estudiantes en la cual solicitaban la liberación de los presos políticos. La represión no se hizo esperar y la manifestación fue violentada por el ejército y la Policía Judicial del Estado (Sánchez, 2012, pp. 126-129).

En 1970, la imposición de Gonzalo Armienta como rector fue de suma importancia para el giro que tendría un sector de los estudiantes pertenecientes a distintas organizaciones. Durante los años siguientes se realizaron manifestaciones, se tomaron edificios y se hicieron paros en algunas escuelas de la UAS, pero tales muestras fueron contenidas por el nuevo rector y el gobierno del estado. Se expulsaron estudiantes, líderes, y maestros a favor del movimiento, y de ellos se decía que eran agentes del comunismo internacional (Sánchez, 2012, p. 147). Tanto el gobierno estatal como la rectoría justificaban su actuar contra los jóvenes estudiantes utilizando los medios de comunicación a su favor. Para las autoridades, existían intereses extranjeros que trastocaban a los universitarios para convertirlos en disidentes, anticipaban el fracaso de estos movimientos:

El rector de la Universidad Autónoma de Sinaloa denunció ayer aquí la evidente conjura contra México desde las universidades o instituciones de enseñanza superior. Sin embargo, el licenciado Gonzalo Armienta Calderón señaló que tal movimiento no tiene ninguna perspectiva de triunfo, porque las minorías que las promueven, chocan abiertamente con nuestra tradición histórica y cultural, y con la idiosincrasia misma del pueblo mexicano. Denunció además la «agitación extramuros», incluso insinuó la presencia de ideólogos extranjeros sustentantes

de doctrinas extremistas. Contrario a opiniones como las del rector de la UNAM, Pablo González Casanova, no se lesiona en lo más mínimo cuando interviene la autoridad para establecer el orden y para aprender delincuentes. (Sánchez, 2012, p.156)

Lo anterior hace posible introducirnos, de manera muy concisa, en el contexto histórico-social de producción del cuento «Mucho que reconocer», segundo en el orden del libro homónimo escrito por Élmer Mendoza y primero con esta temática lo cual deja en claro que el autor tiene la intención de mostrar cuanto antes al lector una de sus principales preocupaciones de ese momento: El activismo estudiantil y la guerrilla en Sinaloa. Así, existe una conciencia plena por presentar, de una manera artística, crítica y no panfletaria, su postura sobre el asunto. Esta ficción en particular se presenta el activismo a partir de un personaje que se dedica a realizar propaganda. Si bien no se menciona algún grupo estudiantil, lo anterior deja abierta la posibilidad de que perteneciera a cualquiera de las organizaciones estudiantiles que se manifestaron durante ese tiempo. La organización que poco a poco tuvo más impacto hasta convertirse en una agrupación cuyo activismo, en términos que Adriana A. Rodríguez (2016, p. 27) toma de Fernanda Somuano, rebasó el umbral de lo convencional hasta llegar al extremo de la guerrilla fue un segmento al interior de la FEUS. Por tanto, sin generar un deslinde de las demás organizaciones estudiantiles, se seguirá esa línea para ejemplificar algunos puntos que son de relevancia conocer.

En este caso el narrador es un niño del cual no se sabe ni su nombre ni su edad. Él es el encargado de organizar la historia y lo primero que llama la atención es que existe una concatenación muy sutil entre el tiempo-espacio de la enunciación y los distintos tiempos-espacios enunciados. El que la historia este mediada por un niño conlleva algunas consideraciones como el de generar empatía con el lector, pero también resulta en una posición ética pues los hechos no se presentan por medio de algún activista o de algún otro adulto que comprenda la situación política y social que los actos subversivos representan, sino que se posiciona al lector ante la perspectiva de alguien que está fuera de ese discurso y que no participa de esa clase de acciones. Es un infante en proceso de formación en todos los sentidos por lo que es una voz neutral ante

el orden establecido y la propuesta de un cambio de dicho orden a partir de lo que sabe y de lo que ignora al respecto.

El inicio se plantea en primera persona y se narra en presente, así es como el lector sabe lo sucedido con José Luis, el hermano mayor del narrador: «Mi papá anda mal, [...] Ayer vinieron por mi hermano, por el mayor, el que va en profesional» (Mendoza, 1978, p. 19). Iniciar el cuento de esta manera le otorga de carácter testimonial, lo cual genera una mayor verosimilitud y confianza hacia la voz narrativa. Pareciera que ese es el tiempo de la enunciación y que a continuación se presentará el tiempo enunciado: «Mi papá dijo que la ley, que la orden, que allanamiento. Métase todo eso por el culo, dijo un señor grandote» (Mendoza, 1978, p. 19). Sin embargo, existen fragmentos en los que se muestra otro plano narrativo que resulta ser el verdadero momento de la enunciación de esta historia, «Después de que se llevaron a mi hermano mi papá y mi mamá eran citados con regularidad» (Mendoza, 1978, p. 19). Esta posición temporal se sostiene cada vez que el narrador apela al lector o en alguna de las breves digresiones con las que el niño interrumpe su historia tal como en los respectivos ejemplos: «No se crean, mi hermanita no es nada dejada» (Mendoza, 1978, p. 22); y «(después supe que nunca dejaron a papá ver a mi hermano, ni siquiera al abogado que se contrató)» (Mendoza, 1978, p. 22). De esta manera se pueden organizar los hechos narrados en una serie de planos que son, en primera instancia, el momento de la enunciación y los distintos espacios-tiempos enunciados que son antes del arresto, durante el arresto, el tiempo que pasa el joven en la cárcel, el anuncio de la liberación y el regreso a casa del hermano mayor. El lector es el encargado de ordenar la secuencia de los hechos.

Uno de los sucesos que marcó otro rumbo para este movimiento fue el ocurrido en abril de 1972, tras la negativa del gobierno del estado disolver la Junta de Gobierno los estudiantes se manifestaron en distintos puntos de Cuiliacán: El Edificio Central, el Congreso del estado y el centro de la ciudad. La respuesta del gobierno estatal fue atacar a los estudiantes por lo que apresó a dirigentes estudiantiles y a profesores; aunque, el resultado de estas acciones fue de dos estudiantes de preparatoria asesinados: María Isabel Landeros y Juan de Dios Quiñonez Domínguez. La FEUS denunció, por medio de *Caminemos*,

publicación que luego estuvo a cargo del segmento de los *enfermos*⁴ que surgió al interior de la federación, la intervención de Halcones para romper la manifestación:

El día 5 de abril, mientras pandillas de simios atacaban a compañeros estudiantes que realizaban una manifestación relámpago, fueron sorprendidos merodeando la Universidad tres halcones (10 de junio) del Distrito Federal. Los polizontes, auténticos karatecas, fueron aprendidos por un comando estudiantil e interrogados en el edificio central de la UAS donde confesaron ser miembros del Ejército, se les obligó a que mostraran las credenciales que traían en el carro, las armas y una grabación de tácticas antiguerrilleras. Una vez interrogados y confesos de estar trabajando para la inteligencia militar dentro del medio estudiantil fueron soltados. (Sánchez, 2012, p.161)

A pesar de que lo sucedido no dejó otra opción al rector más que renunciar, la intervención de fuerzas especiales por parte del gobierno modificó la manera de frenar el activismo estudiantil.

El discurso oficial y la prensa se encargaron de formar una representación que los criminalizaba y propondría a los estudiantes como agitadores sociales, vulgares delincuentes de nota roja, drogadictos y viciosos y como una juventud pervertida por los agentes del comunismo. Sánchez Parra cita un

4 De acuerdo con Sergio Arturo Sánchez, el grupo tomó el nombre de Lenin, quien nombró en su obra *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo* a los actos radicales de los integrantes de los partidos comunistas en Inglaterra, Países Bajos y Alemania. Estos grupos hicieron a un lado el discurso y la legalidad para dar paso a las acciones armadas como única manera de lucha del proletariado (2012, p. 163). Bajo este pensamiento, la *enfermedad* paulatinamente se alimentó de otros movimientos fuera de la universidad: de las movilizaciones campesinas, de jornaleros agrícolas, invasores de predios urbanos y rurales, obreros del transporte urbano de la entidad, de la agitación en la UAS, de las confrontaciones en los patios del Edificio Central o de los ensayos insurreccionales de la guerrilla a la que pertenecieron, razón por la cual fue el grupo radical más notorio del país a mediados de la década de los setenta. (p. 164)

artículo de Carlos Sodi Serret del periódico *Novedades* titulado «¿Travesuras de estudiantes?»:

No, los hechos son claros. No dejan lugar a dudas. Los secuestros, asaltos bancarios, bombas molotov estalladas en oficinas públicas son parte de planes preconcebidos y manejados con toda seguridad desde el exterior, adoctrinando, entrenando a nacionales con el deseo de apropiarse del país. Muchos de aquellos que intervienen han de ser de buena fe, con las mejores intenciones de cambiar las indudables injusticias sociales que tenemos como nación subdesarrollada, pero que quizá el camino elegido no sea el correcto, desde el momento en que asesina a personas tan inocentes como los campesinos muertos en estos acontecimientos de Culiacán. Enfrentemos la realidad. Lo que sucede no son travesuras de estudiantes, ni es culpa de los gobernantes que están alejados del pueblo. Estos hechos son planeados con mucho cuidado desde el extranjero. Admitámoslo. (2012, p. 190)

Como se ha mencionado antes, en el cuento el narrador es testigo de estos momentos excepto de lo que ocurre con su hermano en la cárcel y del momento de la liberación. En cuanto a lo primero, el niño narra la experiencia de espera dentro del núcleo familiar y, en algunos fragmentos, en la escuela. El autor dedica muy poco a la narrar la tortura que José Luis recibe en prisión y lo poco se sabe de ello pasa por la doble mediación: el de un discurso indirecto por parte del narrador. De esta manera, el autor mantiene distancia con respecto a la violencia, es muy precavido al sostener una posición ética de ello porque no es su intención que el lector tome partido por el activismo. En cuanto a lo segundo, el niño no acude con su padre cuando su hermano es liberado, así que no le queda más que esperarlo con ansias e imaginar lo que haría la familia cuando el joven esté en casa: «De seguro volveríamos a ir al mar y comeríamos camarones recién cocidos, ellos tomarían cerveza y nosotros refresco» (Mendoza, 1978, p. 23). No queda explícito si el activista pasa semanas o meses en prisión, parte de la estrategia es hacer creer que ha pasado tan solo un día «Ayer vinieron por mi hermano» (Mendoza, 1978, p. 19), «Su hermano José Luis vuelve mañana» (Mendoza, 1978, p. 23). Esto también puede relacionarse

con la extensión del cuento que apenas ocupa poco más de ocho páginas. Lo cierto es que sí pasó el tiempo, tal como lo señala el narrador. Hay indicios que sugieren que transcurrieron meses. Uno de ellos es el fragmento en el que se cuenta que no han ido al cine y que ya se han exhibido muchas películas infantiles (Mendoza, 1978, p. 23).

Es comprensible que un niño de entre ocho y nueve años, ante la exaltación de contar sobre un hallazgo, pueda ir de un punto a otro al contar una historia. Es clara la intención de mostrar algunos rasgos de un discurso oral por parte del autor pues, como se ha mencionado antes, el narrador alude al lector, pero en algunas de estas intervenciones, así como en sus estructuras semánticas, el uso de cierto léxico regional o la falta de signos ortográficos, sugieren que el lector está frente a un acto de habla y de que el niño cuenta a alguien la historia de viva voz: «¿Les digo una cosa?, yo no sabía lo que era eso de presos políticos pero le pregunté a uno de los muchachos» (Mendoza, 1978, p. 22). Una propuesta de lectura es que lo anterior ayuda a colocar al lector real en el mismo nivel de complicidad que el lector virtual, en este caso el interlocutor, frente a los hallazgos que involucran comprender y reflexionar sobre el movimiento.

La elección de que la voz narrativa corra a cargo de un niño pone en juego la indeterminación sobre una verdadera conciencia social en torno al movimiento estudiantil y al activismo estudiantil e ideología que se propaga. No se trata de persuadir al niño, ni al lector de tomar partido, más bien se trata de incluir esta lucha dentro de la discusión sobre la conciencia social. Al inicio del cuento tanto el niño como su hermana menor no saben por qué se llevan al José Luis (Mendoza, 1978, p. 19). La visión del mundo narrado es limitada en muchos sentidos por lo que existe una ambivalencia entre lo que se comprende y lo que no con respecto a las actividades que realiza el universitario. De ahí que sea constante el uso de oraciones coordinadas por medio de conjunciones adversativas que oponen, en el caso del narrador, lo que se sabe y lo que no sobre el orden establecido, así como del movimiento. No hay que olvidar que este tipo de oraciones mantienen un mismo valor jerárquico. Un ejemplo de lo anterior se observa en el fragmento en el que se menciona la propaganda que José Luis escribía en su máquina de escribir y que la policía se lleva como

evidencia: «Yo muchas veces los leía, pero nunca les entendí. Ya sé leer, pero las cosas que él escribía era lo que yo no entendía. Ni siquiera sé lo que es proletariado, y esa es era una de las palabras favoritas de mi hermano» (Mendoza, 1978, p. 21).

El despertar de la conciencia social del niño se logra a medida que cuenta su propia experiencia y entiende las conversaciones con su padre, lo que algunos de sus maestros le dicen y, finalmente, lo que su hermano mayor le cuenta. La incomprensión del asunto se diluye poco a poco. En el primer caso existen oposiciones entre el padre e hijo universitario ya que el señor conoce la ideología del movimiento; sin embargo, está convencido de que solo es discurso. Las tensiones entre estas oposiciones rebasan el plano de las oraciones y se desarrollan en párrafos enteros como en el siguiente caso: «Casi siempre mi papá leía lo que mi hermano escribía y le volvía a repetir que todo eso era magnifico, pero ten en cuenta que es difícil aplicarlo, ahí es donde está el problema, a la hora de llevar esas hermosas teorías a la práctica» (Mendoza, 1978, p. 20).

En cuanto al segundo caso, el narrador se cuestiona sobre violar la Constitución, ya que es el motivo por el que se llevaron preso al joven activista. Los maestros del niño preguntan por su hermano lo cual tiene la intención de mostrar que algunos docentes, desde normalistas hasta universitarios, simpatizan o pertenecen al movimiento. Al principio, el narrador otorga a los maestros la responsabilidad de hacer respetar las leyes «¿qué no le dirían sus profesores que eso no se debe hacer? A mí sí me lo han repetido muchas veces» (Mendoza, 1978, p. 22), por lo tanto, sabe que a él no se lo llevarán preso, pero se coloca una especie de nexo que resolverá más tarde en una oposición cuando se refiere a los compañeros de José Luis y su descontento por la detención: «No pienso violar esa cosa. Parece que los muchachos no estaban de acuerdo con eso de la violada, porque todos protestaron áridamente en contra en contra de este argumento» (Mendoza, 1978, p. 22). Más adelante, el narrador cuenta lo que un profesor le dijo junto al resto de estudiantes durante una clase: «nos explicó por qué hay presos políticos y la diferencia entre éstos y los comunes. También nos explicó otras cosas sobre el gobierno y la Constitución que violó mi hermano. Él dice, como los muchachos compañeros de José Luis, que no

violó nada y que los que violan son otros» (Mendoza, 1978 p. 24). De esta manera, existe un contrapeso entre una educación cívica nacionalista que se basa en la simple repetición de contenidos y la que sale de esos límites para generar ciudadanos críticos de su gobierno.

Con respecto al tercer caso, que es el de José Luis, no es sino hasta cuando sale de la cárcel que puede dialogar con el niño. Esto ayuda al infante a atar cabos sueltos para luego contarlo a alguien pues esto le ayudará a rescatar, pensar y no olvidar su hallazgo. Toca al joven disidente explicar a su hermano pequeño, en un discurso muy articulado, concreto y elocuente, la razón de la lucha que sostienen estos grupos de estudiantes. La elección de emplear del estilo directo otorga mayor credibilidad al activista a pesar de que sabemos que el discurso está mediado por la voz de un niño: «Son las formas de gobierno y de vida en que unos gozan y muchos sufren, hay ricos y pobres, burguesía explotadora y proletariado carcomido por el tiempo y el duro trabajo [...] Es necesario—dijo—y tú también vas a tener una tarea que hacer nomás que crezcas un poco; quizá se te presenten más suaves las cosas, quizá más difíciles; [...] y lo debes de tener en mente para cuando te llegue la hora no digas que no sabías» (Mendoza, 1978, p.26). Las oposiciones en cuanto a optar o no por simpatizar con el movimiento continúan y el autor las mantiene procurando no decantarse por ninguna de ellas. Las palabras que el narrador trae a cuenta de José Luis refuerzan el posicionamiento ético del autor con respecto al objetivo de este movimiento. En este punto no importa el éxito o fracaso, lo que importa es que en el futuro exista una conciencia crítica sobre contexto social.

El joven activista es el único personaje que tiene un nombre propio. Es paciente, tal como lo demuestra al conversar con su padre y con su hermano menor. Existe la intención de colocar la escritura como medio de entendimiento ya que su función es la de redactar la propaganda. En el núcleo familiar de ese contexto el padre es una autoridad para el estudiante y no hay muestra de que esté en conflicto con él, sino que existe una voluntad de diálogo hasta el punto de pedir su ayuda para que participe de sus acciones. Este personaje se mantiene firme a sus convicciones y, a pesar de la tortura que sufre durante su encierro, no traiciona a nadie ni tampoco duda en responder las preguntas que

le hace su hermano menor. Sabe que cumple una responsabilidad al ponerle al niño las cartas sobre la mesa a manera de advertencia, pero tampoco intenta convencerlo de nada. Tras las palabras de José Luis no hay ningún agente extranjero del comunismo o ni algún político que lo utilice para sus intereses particulares. No es un criminal, ni tampoco es un drogadicto, es José Luis, el hijo mayor en de familia conformada por un padre, una madre, un hijo universitario, una hija que cursa la secundaria, un hijo de tercero o cuarto año de primaria y una hija de edad preescolar.

Si bien en la ficción que ocupa este artículo no se aclara a qué grupo estudiantil pertenece el personaje de José Luis, valdría la pena mostrar como ejemplo de estas publicaciones el trabajo del investigador Rafael Santos Cenobio, «Los *enfermos* los discursos de la izquierda radical universitaria en Sinaloa, 1970-1974» (2014). De esta manera se podrá lograr una mejor comprensión del quehacer como activista y, para ser más puntual, en la redacción de este tipo de textos. Dicho grupo actuó a la par de otros que ya existían como es el caso de los *independientes*, que luego se nombrarían como José María Morelos (JMM), agrupación que inició sus actividades desde 1968. En sus filas se encontraban «priistas progresistas y maestros con ideas democráticas; en 1966 muchos de ellos participaron en los intentos de democratizar el Partido Revolucionario Institucional en Sinaloa» (Santos, 2014, p. 116). Los *chemones*, llamados de esta manera por los *enfermos*, participaron junto con la Juventud Comunista, llamados por los radicales como los *pescados*, en la huelga y expulsión del rector Armienta Calderón. Estos últimos comenzaron a consolidarse como organización desde 1967. Tras conseguir la expulsión de Gonzalo Armienta, los *chemones* lograron controlar la dirección de la FEUS; además, contaban con un periódico llamado *Perspectiva*.

La revista *Caminemos* fue el medio que utilizó la FEUS para divulgar sus ideas y a lo largo de su publicación se puede apreciar la tendencia hacia la radicalización que tomó el segmento *enfermo*. Se distribuía en los pasillos de la UAS y también fuera de ella, como en las plazuelas y en algunos campos agrícolas. Rafael Santos rescata de Ingrid Schulze (2001) lo siguiente con respecto a la propaganda:

La propaganda como concepto interpreta una actividad o arte que pretende inducir a otras personas a comportarse de una manera determinada, distinta a la conducta que hubiera adoptado sin su existencia [continúa] Su mecanismo de difusión es la palabra hablada, escrita o impresa en todas sus formas, desde los discursos políticos hasta la poesía épica o la novela romántica; incluye también las imágenes reproducidas de varias. (2014, p. 117)

Desde 1969 se comenzaron a realizar publicaciones en la casa para estudiantes Rafael Buelna Tenorio. Primero se realizaron periódicos murales que de acuerdo con Santos Cenobio «Su contenido variaba según el caso y el momento, aunque predominantemente aparecían temas alusivos a la muerte del Che Guevara, discursos de Fidel Castro, la represión estudiantil y piezas literarias de algunos guerrilleros» (Santos, 2014, p. 119). Luego surgiría, con ejes temáticos similares a los de los periódicos murales, *El chile: órgano viril de prensa*, este boletín sería el antecedente de *Caminemos*. Esta última revista fue fundada en 1971 por un habitante de la Casa del Estudiante Rafael Buelna» llamado Antonio Medina y por Melchor Inzunza (Santos, 2014, p. 120).

Santos Cenobio señala que la caricatura política fue muy utilizada por los estudiantes del momento para poderse dirigir no solo a la comunidad universitaria sino también a otros sectores de la población como los obreros y los campesinos. La combinación de las artes plásticas y de la literatura ayuda a exponer ya sea personas, ideas o situaciones, buscando ridiculizarlas enfatizando siempre en lo grotesco, divertido o burlesco de la situación. De esta manera se manifiesta una postura en contra del orden establecido y se apela al desdén y molestia que la ironía o el sarcasmo puedan ocasionarles a los actores que se señala y critica (2014, p. 118).

Otro medio que utilizaban los estudiantes fueron los volantes. Estos materiales de propaganda circulaban tanto en los centros universitarios como en algunos lugares de la ciudad y en el campo. La FEUS contaba con la Comisión de Prensa y Propaganda, las escuelas y facultades de la UAS tenían sus comités de lucha y continuaron sus publicaciones después de que los *enfermos* decidieron deslindarse de la federación. Entre 1966 y 1970, este tipo de propaganda comunicaba la urgencia de la autonomía universitaria, la solidaridad con los hechos

ocurridos en la capital del país en 1968, se denunciaba la represión policial, las expulsiones de estudiantes y profesores; de igual manera, se hacían llamados a los obreros, campesinos y personas de las colonias populares a manifestarse. A la llegada de Armienta a la rectoría, estas actividades se intensificaron y para hacer frente a la propaganda en prensa y radio que las autoridades universitarias y estatales lanzaron contra de ellos. La manera de sostener este medio de comunicación fue saqueando la imprenta universitaria. Mientras los *enfermos* estuvieron ligados a la FEUS, el Consejo Estudiantil de la federación fue la que elaboró volantes en instalaciones propias en donde, además, almacenaban los insumos como papel, máquinas de escribir y mimeógrafos. En las escuelas y facultades también se elaboraba materiales de propaganda y hubo otros espacios en los cuales también se discutían los contenidos y se elaboraban estos materiales como las preparatorias Emiliano Zapata, la Central, las preparatorias de Mazatlán, Guasave y los Mochis; así como las casas de estudiantes Rafael Buelna y Genaro Vázquez (Santos, 2014, p. 133).

En el caso de *Caminemos*, el periódico contaba con varias secciones, iniciaba con un comentario editorial en el que se mencionaban reflexiones sobre el movimiento, luego aparecían entrevistas y opiniones de estudiantes y profesores activistas y, al final, se publicaba la caricatura política y también poesía revolucionaria (Santos, 2014, p. 122). En los primeros seis números se realizaron duras críticas contra el rector Gonzalo Armienta y su administración: «En las reflexiones escritas se denunciaba y condenaba la expulsión masiva de profesores y alumnos antiarmientistas; y se pedía el cese a la represión policiaca» (Santos, 2014, p. 123). Los siguientes dos números se enfocaron a señalar la importancia de las movilizaciones obreras y campesinas, así como la importancia de que los estudiantes universitarios se unieran a estas acciones. El número ocho, último a cargo de Melchor Inzunza, asoma la postura de que el movimiento estudiantil era solo una parte de un proceso revolucionario en el que se incluían campesinos, jornaleros, entre otros. Santos Cenobio señala lo siguiente:

En marzo de 1972, la Casa del Estudiante Rafael Buelna asumió la dirección de *Caminemos* y, para darle un toque de identidad, agregaron la aposición: *Voz*

Popular de la Casa Estudiantil Universitaria Rafael Buelna Tenorio. Dos razones de peso asisten ese cambio: la fuerte participación de los internos de la casa en el órgano de prensa y la escenificación de espectaculares batallas contra Armienta Calderón. (Santos, 2014, p. 125)

Volviendo a la ficción de Élmer Mendoza, al final del cuento el narrador sostiene que, tanto en el espacio tiempo enunciado, como en el momento de la enunciación, él se encuentra reflexionando sobre el asunto: «tenía y tengo mucho en qué pensar. Mucho que reconocer» (1978, p. 27). No menciona que cuando sea grande se convertirá en activista igual que su hermano porque esta no es la intención detrás de esta peculiar representación literaria. Como ya se ha mencionado antes, el autor no tiene la intención de convencer al lector de tomar una u otra postura o elección en cuanto a simpatizar o no con el movimiento estudiantil o con las autoridades, sino que le ofrece la posibilidad de conocer otro discurso diferente a los hegemónicos sobre este movimiento, para entonces sí poder comenzar una discusión al respecto. Al contar su historia el narrador tiene la posibilidad no solo de volver a su experiencia, sino también de examinar detalladamente lo que antes ignoraba; de analizarlo y reflexionar sobre ello para continuar con el proceso de formar un juicio al respecto. Contar esa situación de la cual fue testigo significa también una manera de trastocar la conciencia social de quien lo escucha.

En Sinaloa, la lucha contra Armienta Calderón dejó de ser prioridad y se insistió en que los estudiantes pertenecían a esos otros sectores de la población como los campesinos y los obreros. Eran campesinos calificados» cuya diferencia con el resto de la población era que se veían como intelectuales que, debido a sus estudios, tenían la capacidad de ser los líderes y dirigentes de la revolución socialista. Tras la movilización de 1972, en la que estudiantes tomaron camiones del transporte público y los incendiaron, el gobierno actuó de manera violenta. Ese suceso hizo que la FEUS cambiara a la clandestinidad. El número 16 de *Caminemos* publicado enero de 1973, se denominó Órgano de Difusión de la Comisión de la FEUS. Los nombres reales y pseudónimos desaparecieron y la firma que acompañaba los documentos era la de la Comisión Coordinadora Clandestina. En ese número el segmento de los *enfermos* ya

mostraba un discurso radical y asomaban las ideas que comenzarían a delinear la fundación de la Liga Comunista 23 de septiembre. Para este grupo, la FEUS era la organización que debía dirigir el movimiento revolucionario en Sinaloa (Santos, 2014, pp. 130-131). Una vez que se entró en la fase de activismo no convencional como lo fue en la lucha armada el Estado buscó contraer y eliminar el movimiento por medio de la contrainsurgencia: «No fueron elaboraciones ingenuas o inocentes. Ante la proliferación de grupos que reivindicaron el uso de las armas y la movilización callejera, estas contribuyeron a magnificar su presencia en la colectividad, justificando así el uso de todos los medios posibles para su neutralización o aniquilamiento» (Sánchez, 2012, p. 185).

Conclusiones

A manera de conclusiones, este cuento se desarrolla dentro del tema del movimiento estudiantil y el activismo previo a la lucha armada por parte de los estudiantes en Sinaloa. El análisis e interpretación de esta ficción expone algunos cuantos ejemplos que señalan la manera en la que la técnica narrativa guarda una relación de forma con respecto al contexto histórico social del momento. En esta ocasión, el discurso literario revela lo oculto, lo que antes no se sabía o entendía sobre el quehacer de estas agrupaciones. En la narración interesa nombrar a los estudiantes, conocerlos desde el interior de sus casas y de su entorno más íntimo, pero no desde su propia perspectiva, sino de quienes no comprenden bien a bien qué es lo que buscaban con su movimiento. Para el autor no importa repetir lo que el discurso oficial y gran parte de la prensa comunicaban: que los estudiantes con ideas de izquierda son delincuentes y agitadores sociales que deben de ser aprehendidos y encarcelados. El interés principal del autor es que se explique, con la paciencia y claridad que se le debe de tener a un niño, quienes son los estudiantes y el motivo de su activismo. Interesa cerrar el foco y conocer un caso en particular, de tal manera que el lector de este cuento pueda fijar su mirada en la lucha estudiantil desde una perspectiva lo más posible al margen y así pueda oponer lo que comprende y lo que no sobre este movimiento en Sinaloa.

Los vasos comunicantes entre los discursos históricos y literarios que propone Paul Ricoeur (1999) se hacen evidentes en este ejercicio interpretativo en el que la creación literaria de Élmer Mendoza coincide con el quehacer historiográfico al buscar una distancia ética sobre el asunto narrado y estudiado, procurando no hacer de tales trabajos una apología. En el caso del cuento en cuestión se ha expuesto y argumentado que el propósito de las elecciones formales, en este caso con cierto nivel de complejidad, obedecen a cerrar la lectura para poder colocar los elementos temáticos de tal manera que puedan ser organizados e interpretados por el lector desde una perspectiva que no sea la de los activistas estudiantiles, pero sí la de un círculo muy cercano a ellos como lo es el del núcleo familiar. Un tratamiento del tema menos depurado podría ocasionar censura u orientaría la narración a convertirse en un panfleto a favor de los estudiantes. Las oraciones coordinadas y los párrafos con un sentido de contraste colocan en el mismo nivel tanto el orden establecido e impuesto por el Estado frente a las actividades de los disidentes en la búsqueda de un cambio social para que el lector sea quien decida cuál postura tomar o, si así lo desea, quedar al margen. En el caso de la historiografía, tal como Sergio Arturo Sánchez Parra menciona sobre sus propios trabajos, así como de otros investigadores como Miguel Ángel Rosales Medrano y Gustavo Hiraes Morán sobre los movimientos en Sinaloa como el de la LC23S y los enfermos: «no pretenden hacer apología del citado grupo y al igual que otros estudios sobre organismos armados del país, privilegian la explicación causal que dé cuenta del origen de este fenómeno» (2012, p. 39).

En este ir y venir por las fronteras permeables entre ambos discursos mismos que nos ayudan a situarnos históricamente, la escritura y publicación de «Mucho que reconocer» y del resto de cuentos del libro homónimo, pueden servir no solo como una muestra de las posibilidades, a partir de la ficción, del trasunto histórico al que se hace referencia, sino que también puede ayudar a la construcción del relato histórico sobre dicho contexto. En este sentido, el ejercicio de análisis e interpretación realizado en este artículo puede ayudar, de manera muy específica, a indagar sobre algunos aspectos que, a decir de Sánchez Parra, se desconocen como lo son «las características de la vida cotidiana de quienes vivieron la experiencia de la clandestinidad armada, así

como los rasgos sociales, intelectuales o políticos de la militancia» (Sánchez, 2012, p. 39).

Cabe señalar que, durante gran parte de esa década, el autor sinaloense vivió en la capital del país, en donde realizó estudios de Ingeniería Electrónica en el Instituto Politécnico Nacional y, posteriormente, en Literatura Española en la Universidad Nacional Autónoma de México. Si bien el único objeto de estudio de este análisis se centra en el discurso literario de Mendoza con relación a su referente histórico, sería válido pensar que las redes intelectuales, estudiantiles y políticas de estos movimientos se extendían hasta el centro del país y, en conjunto con esto, también es factible creer que lo que se publicaba en la prensa local y nacional fue de ayuda para la génesis de las ficciones publicadas en *Mucho que reconocer*.

Referencias

Bibliográficas

- Bernal, B. (2020), La vertiente realista y la memoria en dos cuentos sobre la guerrilla mexicana. *Connotas. Revista de crítica y teoría Literarias*. 20, pp. 101-129.
- Cabrera, P., y Estrada, T. (2017), Los debates intraizquierdistas sobre la lucha armada en la novelística de la guerrilla en México, en Massón, Caridad (dir.), *Las Izquierdas Latinoamericanas. Multiplicidad y Experiencias durante el siglo xx*. Santiago, Ariadna Ediciones, pp. 443-454. <http://books.openedition.org/ariadnaediciones/854>
- Cándido, A. (2007). *Literatura y sociedad: estudios de teoría e historia literaria*. México: Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos/ Universidad Nacional Autónoma de México.
- Fernández, R. (1995). *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
- Mendoza, E. F. (1978). Mucho que reconocer. *Mucho que reconocer*, Distrito Federal: B. Costa-Amic Editor, pp. 19-27.
- _____ (2008). *La verdad de la ficción. Discurso de ingreso de Élmer Mendoza a El Colegio de Sinaloa. Respuesta de Jaime Labastida*, El Colegio de Sinaloa, Culiacán Sin.
- Mendoza, J. (2007). Reconstruyendo la memoria colectiva de la represión en Latinoamérica el cine como artefacto. *Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. 62-63, pp. 157-191, de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5838914>
- Oceja, S. (2013). *La novela de Guerrilla en México y el poder de los espacios legibles*. Tesis de maestría. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ricoeur, P. (1999) *Historia y Narratividad*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, pp. 83-157.
- Rodríguez, A. (2016), *Aproximación a una cultura política del activismo: El caso de los colectivos en Ciudad Juárez, Chihuahua, 2008-2015*. [Tesis de maestría inédita, El Colegio de la Frontera Norte]. Repositorio institucional

- de El Colegio de la Frontera Norte. <https://colef.repositorioinstitucional.mx/jspui/bitstream/1014/375/1/TESIS%20-%20Rodríguez%20Valdez%20Adriana%20Abimelec.pdf>
- Sánchez, S. A. (2012). *Estudiantes en Armas. Una historia política y cultural del movimiento estudiantil de los Enfermos (1972-1978)*. México: Universidad Autónoma de Sinaloa-Academia de Historia de Sinaloa, A.C.
- Santos, R. (2014). Los *enfermos* los discursos de la izquierda radical universitaria en Sinaloa, 1970-1974. En Acevedo, A; Sánchez, S. y Samacá, G. (Coord.), *¡A estudiar, a luchar! Movimientos estudiantiles en Colombia y México. Siglos XX y XXI*. México: Universidad Autónoma de Sinaloa, pp. 115-145.
- Solís, J. (2016) La temática de la guerrilla en la literatura guerrerense. *Revista de literatura mexicana contemporánea*. 68, pp. 37-47.
- Schulze, S. I. (2001). *El poder de la propaganda en las guerras del siglo XIX*. Madrid: Iberica Grafico, p. 7.
- Van Dijk, Teun A. (2005). Ideología y análisis del discurso. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 10(29), pp. 9-36. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27910292>
- Vicente Ovalle, Camilo (2019). *Tiempo suspendido: una historia de la desaparición forzada en México, 1940-1980*. México: Bonilla Artigas.

Hemerográficas

- (2022), «La guerra sucia antes de la guerra sucia». *Revista perspectiva Global*. Edición especial. 0, p. 5.